

XVI. ORACIÓN ESPONTÁNEA

15 de Enero de 1984

Muy queridos todos en SM:

Continúo hoy con la oración, esa oración que llamamos contemplativa pues nace de un corazón en estado de gracia, en amistad con Dios, y se expresa mediante la fe, la esperanza y el amor. A esta altura del camino ya sabemos bien que sin tiempos fuertes de oración no hay amistad estrecha e íntima con el Señor.

Bajo la acción del Espíritu

Les propongo ahora otro modo de oración contemplativa, otro ejercicio de la fe en el amor, abiertos al Padre, por su Hijo, en la vitalidad del Espíritu Santo.

Junto con nuestros obispos latinoamericanos, considero como “un tesoro la costumbre existente desde antiguo de congregarse para orar en festividades y ocasiones especiales”; y reconozco que, en esta última década, “la oración se ha visto enriquecida por el movimiento bíblico, por nuevos métodos de oración contemplativa y por el movimiento de grupos de oración” (*Documento de Puebla*, 905). Por esto, sin más preámbulos, les presento la *oración espontánea y compartida*.

No, no estoy hablando de compartir libremente lo que el Señor nos ha enseñado en nuestra oración bíblica, aunque lo recomiendo. Me estoy refiriendo a un grupo de orantes, en torno a Jesús, que alaba, agradece, intercede, ruega y escucha al Padre en un clima mariano bajo la *acción del Espíritu*.

Es claro que para poder compartir tiene que haber algo en común. En este caso lo común, lo que crea comunión y comunidad, es Jesús entre nosotros, nosotros reunidos en su nombre y el Espíritu de filiación y libertad que, como viento, fuego, agua y unción, inspira a quienes comparten, pues sin el Espíritu de Dios no hay vida ni oración.

Sólo Dios puede movernos desde dentro sin disminuir para nada nuestra libertad. En consecuencia, las manifestaciones espontáneas que provienen de Dios nos hacen más libres. Valga esta paradoja: *la oración que es verdadera y profundamente mía, es también del Espíritu*. Escuchemos a un gran teólogo del siglo XVI, Juan de Santo Tomás, estudioso y comentarista del Doctor Angélico:

“Cuando un hombre está interiormente ordenado por los dones del Espíritu Santo –y en esto se conoce cuando un hombre es espiritual–, se siente notablemente libre en todo lo que hace, sin trabas y sin presiones, sin confusión, obstáculos e inhibiciones, puesto que donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad... Si pensamos que las almas nacidas del Espíritu son llevadas por una especie de impulso delirante, como aquellos que han sido poseídos por el espíritu del mal, nos equivocamos; pues lo primero que pide el Señor en el camino del Espíritu es soplar donde quiere, para demostrar que el nacimiento por el Espíritu enaltece y no destruye la libertad de elección” (*Curso teológico*, q. 70, disp. 18, art. 1,5).

Por el contrario, y lo sabemos bien, las manifestaciones espontáneas que provienen de nuestras taras, sean conscientes –como una sobrevalorización de sí mismo– o inconscientes –pensemos en una persona histérica–, producen siempre un sentimiento de tensión, confusión y confinamiento en el propio yo.

La acción del Espíritu Santo es múltiple: él obra todo lo bueno (cf. *Lumen gentium*, 4; *Ad gentes*, 4). Pero ahora me interesa recordarles sólo esto: el reino de Dios, además de justicia y paz, es gozo en el Espíritu Santo (cf. Rom. 14:17; Hech. 13:52). Este gozo en el Espíritu no se opone al

dolor o a la tribulación, sino que posibilita enfrentarlos (cf. I Tes. 1:6; I Ped. 4:14) En una palabra, el gozo es un fruto del Espíritu de Dios. Y, ¿se acuerdan de aquel día en que Jesús se llenó de gozo en el Espíritu y oró bendiciendo al Padre? (Lc. 10:21-22)

El Espíritu Santo, lo repito, mueve e inspira la oración de quienes creen en Cristo; el cristiano “ora en el Espíritu” (Jud. 20). Hasta nuestro culto y adoración, para ser verdaderos, han de ser según el Espíritu del Señor (cf. Jn. 4:23-24; Flp. 3:3).

No nos puede caber la más mínima duda, el Santo Espíritu:

- Suple nuestra ignorancia, pues no sabemos orar como conviene (Rom. 8:26-27).
- Aviva nuestra conciencia de filiación y nos permite decir “Abba” (Rom. 8:16; Gál. 4:6).
- Nos hace orar con gemidos de esperanza y ansias de resurrección (Rom. 8:23).
- Eleva y transforma nuestra alabanza y acción de gracias (I Cor. 14:14-16).
- Impregna nuestra oración de fervor, entusiasmo y poesía (Ef. 5:18-20).
- Fomenta la súplica e intercesión (Ef. 6:18-20).
- Ambienta la oración en un clima de perenne adviento del Señor (Apoc. 22:7; I Cor. 16:22).

La celebración y la fiesta

Releo lo escrito hasta aquí. Me salió espontáneo, sin planes trazados. Será mejor seguir de igual modo, pero ¿por dónde? ¡Que el viento sople por donde quiera! Si oímos su voz, es que hemos nacido del Espíritu. (cf. Jn. 3:8).

¿Qué es una reunión de oración? *Es una celebración de la salvación*. Y, ¿qué es celebrar? Aunque parezca un juego de palabras comienzo respondiendo así: *celebrar* es una acción referente a algo *célebre*. En efecto, la celebración trata de actualizar y hacer presente algo que se considera famoso, notable o importante. De esta manera, *la celebración es victoria sobre el tiempo, y eterniza lo célebre*.

Celebración y celebrar equivalen, en cierta medida, a fiesta y festejar. La *fiesta* es una celebración alegre, ritualizada, comunitaria, exuberante y solemne de un acontecimiento o realidad considerados trascendentes. Veámoslo con mayor detenimiento.

La fiesta es un sí a la vida. De esta afirmación brota la alegría. Durante una fiesta se deja de lado todo lo negativo y con esta indiferencia se lo condena; caso contrario, uno resulta un aguafiestas. La alegría festiva se vive como un don, pues lo célebre que se festeja es algo vivificante y regalado. Las fiestas nos abren las puertas del futuro y nos embargan de optimismo.

Si la fiesta se ritualiza es porque la espontaneidad trata de hacerse común. El rito pretende encarnar la espontaneidad de todos. Pero el ritualismo puede ahogar la exuberancia festiva que manifiesta el tesoro de la vida celebrada; en consecuencia, se encoge el corazón y aborta la generosidad.

¿Se dieron cuenta de que cuando estamos de fiesta nos sentimos generosos? La generosidad nos lleva a compartir alegría, pero no sólo eso, sino todo. La fiesta hace que todo sea común; la fiesta hermana y crea comunidad. El fruto más sabroso de la celebración festiva es la confianza y la mutua aceptación. ¡Los avaros y egoístas jamás celebran!

En cualquier fiesta, por sencilla que sea, hay siempre alguna nota solemne. ¿Por qué? Porque lo célebre se vive como algo trascendente y el más allá invita a la solemnidad.

¡Con qué facilidad se pueden deformar las fiestas! El feriado es pariente cercano pero no lleva la misma sangre, lo anima un espíritu diferente. En la fiesta hay plenitud y comunidad, en el feriado

hay vacío que llenar y aislamiento. La diversión, por su lado, no tiene nada que ver con la fiesta. Si en la fiesta afirmamos la vida con un sí comunitario, en la diversión nos evadimos de ella tratando de saciar el propio aburrimiento. A la fiesta se lleva alegría, a la diversión se va a buscarla y se vuelve sin hallarla.

Quienes instrumentalizan a sus hermanos, cosifican las relaciones y sospechan de lo emocional, no pueden festejar. Hay que tenderles una mano con urgencia, pues de lo contrario nunca serán personas plenas. El hombre es el único animal que puede vivir de fiesta.

Las reuniones de oración

Toda la vida cristiana es una fiesta, porque es vida fraterna y filial en el Espíritu del Señor resucitado. No obstante, nos es imposible vivir en celebración constante. Pero que nuestra liturgia, al menos, y nuestros encuentros de oración compartida, sean celebraciones festivas.

Si deseamos ser varones y mujeres de fe enamorada, si queremos anunciar la buena noticia de Jesús, no podemos dejar de ser festivos. Contemplación, evangelización y celebración se implican mutuamente. ¿Puede acaso haber contemplación y anuncio del reino sin eucaristía?

No es fácil describir o contar qué sucede en una *reunión de oración* compartida y espontánea. La razón es sencilla: no hay dos iguales. En cada una de ellas se interactúan dos factores difícilmente ponderables: el soplo del Espíritu y las intervenciones humanas. El mismo número de participantes configura variedad de grupos y, consiguientemente, condiciona la acción del Espíritu Santo que se amolda a nuestra realidad.

Pensemos, por ejemplo, en María e Isabel. Esta última, llena del Espíritu, bendice dando gritos. Y la Madre del Señor, feliz y rebosante, alaba y engrandece, haciéndose pequeña, a Dios su salvador. (Lc. 1:39-56)

La primitiva comunidad de Jerusalén, dedicada a interceder por sus apóstoles, es también ilustrativa. Todos juntos clamaron a Dios, recordaron las profecías de antaño, las leyeron en clave de presente y pidieron osada confianza de hijos para predicar la palabra. ¿Qué sucedió? ¡Retumbó el lugar y quedaron llenos del Espíritu Santo! (Hech. 4:23-31).

San Pablo, más de una vez, dio instrucciones precisas sobre grupos de oración. No sólo enseñó cómo hay que comportarse en ellos, sino también cuál es su sentido. La reunión es para compartir los dones de cada uno en beneficio de la comunión de todos. Y no se trata de compartir de cualquier manera, sino con sencillez y humildad, sin exhibicionismos ni inhibiciones. La regla de oro reza así: todo sea hecho con decoro y orden para mutua edificación (cf. I Cor. 14:26-33; Rom. 12:4-8).

Espero que nadie invoque el decoro y el orden a fin de racionalizar sus prejuicios y estrecheces. En el proceso realizado para la canonización de San Francisco Solano –el santo del rabel, que algunos dignifican llamándolo violín–, se cuenta este hecho, que transcribo abreviando:

“Érase el día de la ascensión y la comunidad se dirigía del comedor a la capilla para la acostumbrada acción de gracias. De pronto, Francisco soltó el manto que llevaba y comenzó a bailar ante la Virgen y a cantar con tanta suavidad que todos quedaron admirados y llenos de gozo. Uno de los frailes, el hermano Juan, hombre muy santo y contrito –parecido al profeta Jeremías, pues siempre lloraba sus pecados y los del mundo–, juzgó que fray Solano se excedía, en desdoro del hábito y profesión, y comenzó a reprenderlo. El hermano Francisco lo dejó replicar y al cabo le dijo tales palabras en alabanza de la Virgen que, pese a ser fray Juan un varón quejumbroso, logró hacerlo bailar y cantar con él. Lo sucedido causó gran admiración en toda la comunidad” (Folio 1.499).

Pero no nos perdamos en la diversidad de los grupos de oración espontánea. Siempre hay algo común y permanente; se los recuerdo con las palabras del mismo Jesús:

– “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt. 18:20).

- “Y yo pediré al Padre y él os dará otro Paráclito, el Espíritu de verdad, para que esté con vosotros para siempre” (Jn. 14:16-17).
- “¡He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo!” (Mt. 28:20).

Cualquier reunión de oración compartida se fundamenta en estas promesas de nuestro Señor. Por eso toda la atención ha de centrarse en él y no en uno mismo, el vecino o el grupo.

Considero una gracia de Dios haber podido participar muchas veces en reuniones de oración. Tanto en grupos grandes, verdaderas asambleas en las que habitaba la fuerza del Espíritu resonando en la comunidad eclesial, cuanto en grupos pequeños que permitían mayor profundidad y compartida intimidad. Y no sólo en grupos católicos, sino también evangelistas, luteranos e interconfesionales.

Puedo asegurarles, y quiero dejar aquí testimonio escrito, que la gracia del Espíritu que obra en los hermanos de otras Iglesias cristianas contribuyó singularmente a mi propia edificación espiritual. Todo lo que es genuinamente cristiano jamás se opone a los verdaderos bienes de la fe; por el contrario, es siempre una ayuda para alcanzar más plenamente el misterio de Cristo y de la Iglesia. Por lo demás, lo tengo bien sabido, el alma del movimiento ecuménico está en la conversión del corazón, santidad de vida y oración pública y privada por la unidad de todos en Cristo. ¿Estoy invitando con esto a un ecumenismo fácil y que dañe o comprometa la pureza de la doctrina? ¡Nada más lejos de mí! (cf. *Unitatis redintegratio*, 4,8,11).

Sugerencias y orientaciones prácticas

Bajo ahora a un nivel más práctico y concreto. Les comparto algunas *orientaciones* que se han demostrado útiles en grupos de oración. Les doy un toque personal y acorde con nuestra espiritualidad. Las condenso en frases breves y las agrupo según afinidad: de esta manera será más fácil guardarlas vivas en la memoria.

Las *circunstancias externas* también influyen en la oración, no es ninguna novedad. San Ignacio, en su libro de los Ejercicios Espirituales, tiene en cuenta hasta la intensidad de la luz y la temperatura del ambiente a fin de aprovechar mejor en el camino del Señor (cf. 130, 229). Sin llegar a tanto, considero necesario al menos esto:

- El lugar ha de ser apropiado, a la medida del grupo, y apacible; ha de ayudarnos a crear un clima de oración y recogimiento común a todos.
- El *círculo* y la *cercanía* parecen ser la disposición más apta; permiten vernos sin esfuerzo y oírnos sin tener que levantar la voz; crean y expresan intimidad.
- Que la *postura* asumida sea cómoda y, preferentemente, en armonía con el conjunto.
- Conviene que alguien *abra* y *cierre* la reunión; entre *30 y 45 minutos* parece una duración discreta que excepcionalmente puede prolongarse por más tiempo.
- Las *estructuras formales y rígidas* congelan y deshidratan.

Suele suceder que alguno quede centrado en sí mismo, olvidándose de los hermanos, pero no precisamente por estar en éxtasis con el Señor. La oración compartida es un acto comunitario. A este fin nos puede ayudar tener presente lo que sigue:

- Unámonos a la oración de los otros, repitiéndola, continuándola, escuchándola.

- El *bien común prevalece sobre el bien individual*: evitemos llorar las propias penas, olvidando que otros también las tienen; las largas oraciones, largas lecturas, largas... son siempre demasiado largas.
- El *silencio contemplativo* es de gran importancia grupal.

Se trata de oración, es evidente, pero podemos perderlo de vista. Quizás sea esta la tentación más sutil: rezar sin rezar. Por eso:

- *Siempre es posible orar*, aun cuando no tengamos ganas, pues orar es un acto de fe, esperanza y amor.
- Hablemos *con* Dios y no *sobre* Dios; busquemos a Dios y no sus favores o nuestra consolación.
- Tengamos siempre a mano la *Sagrada Escritura*.
- El *Espíritu* quiere actuar, pero no pensemos: “Tengo que decir algo”, “Hacia el final voy a hablar”...
- No hay más que *largarse y comenzar*, con libertad y sencillez, sin reparos ni discursos, secundando suavemente al Espíritu con cantos, jaculatorias, invocaciones, peticiones, letanías, lecturas, silencios, testimonios...
- *Jesús está presente, el Espíritu ora en nosotros* y prolonga el Magníficat de María; *acompañando a la Iglesia orante está la madre orando*.

La oración es divina, pero también es humana y, a veces, muy humana. Hay entonces lugar para aconsejar esto otro:

- *Evaluemos* periódicamente la marcha del grupo y discernamos los “espíritus” que nos mueven.
- Aprendamos *por experiencia* lo que hay que *evitar* y estemos abiertos a *nuevas formas de expresión*.

Y el vendaval del inicio es ahora apenas una tenue brisa, el Espíritu está dejando de soplar. Se me van desinflando las velas... Podría ponerme a remar, pero sería fatigoso; para mí, escribir; para ustedes leerme.

Con un último suspiro, antes que el vuelo sea a ras del suelo, hago una petición: ¡que la unción del Espíritu Santo les enseñe lo que falta!

Todo y siempre en María de San José.

Bernardo